



María Lejárraga en 1906.



Mujer y escritora

UN ACERCAMIENTO A LA
FIGURA DE LA RIOJANA

María de la O Lejárraga

TEXTO: Carlos Sánchez Díaz-Aldagalán

FOTOGRAFÍAS: Antonina Rodrigo y Carlos Sánchez Díaz-Aldagalán

María de la O Lejárraga fue una de las mujeres más fascinantes y relevantes del siglo XX en España. Además, si por algo destacó esta riojana fue por ser tremendamente polifacética: maestra, pedagoga, escritora, narradora, novelista, dramaturga, libretista, ensayista, feminista, diputada... Sin embargo, su figura y su obra se difuminaron con el paso de los años. Esta es la historia de una mujer a quien el olvido relegó a un segundo plano.

San Millán de la Cogolla, pequeño municipio riojano enclavado en el valle del río Cárdenas, es considerado como la cuna de la lengua castellana debido a que en el Monasterio de Yuso, sito en dicha localidad, se encuentran las glosas emilianenses, pequeñas anotaciones manuscritas realizadas por un monje en un códice del siglo XI. Además, fue en esa población donde el riojano Gonzalo de Berceo pasó gran parte de su vida y escribió su producción literaria. Esa especial vinculación con el ámbito lingüístico y literario ha hecho que forme parte del conocido como Camino de la Lengua Castellana. Casualmente, fue San Millán el lugar en que nació una gran escritora que en la actualidad ha caído en el olvido: María de la O Lejárraga.

María de la O Lejárraga y García nació en San Millán el 28 de diciembre de 1874 en una familia acomodada, siendo la primogénita de los siete hijos del matrimonio Lejárraga y García. Su padre, D. Leandro Lejárraga, era el médico de la localidad que además se encargaba de atender a los pacientes de las aldeas y pueblos limítrofes. Su madre, D.^a Natividad García, era una mujer muy culta, procedía de Madrid y tenía formación como maestra, algo que resultará trascendental en la educación de su hija María. Fueron sus padres, grandes aficionados a la literatura, los que inculcaron a su hija el amor por la lectura, un hábito que la niña desarrolló alternando los cuentos de hadas con obras de carácter religioso como la Biblia. La pequeña María vivió en su localidad natal



María no se llevaba el mérito de sus escritos sino que lo hacía su esposo, pues era él quien firmaba las obras que ella escribía

hasta que cumplió los cuatro años de edad, momento en que la familia se vio obligada a mudarse a Madrid por un traslado profesional de su padre a la capital, estableciendo su residencia en Carabanchel. Será en Madrid donde a muy temprana edad María descubra una pasión que marcará el resto de su vida: el teatro, un mundo que le apasionaría tanto que un teatrillo de cartón se convertiría en su juguete preferido durante su infancia. A diferencia de lo que ocurría normalmente con la educación de las niñas a finales del siglo XIX, María recibió una formación tan amplia y esmerada como la de sus hermanos varones, impartida por su madre y en la que se incluían materias tales como las matemáticas, la geografía o el latín. También tenía una especial relevancia en dicha educación el aprendizaje de idiomas, por lo que la propia D.^a Natividad se encargó de

enseñar a sus hijos la lengua francesa, teniendo por costumbre alternar en sus lecciones el uso de francés y castellano, con lo que los jóvenes de la familia alcanzaron un sobresaliente dominio de ambas lenguas. María fue educada de esta manera en la residencia familiar hasta que comenzó sus estudios superiores.

El amor por la enseñanza que le había transmitido su progenitora hizo que María decidiera formarse para ser maestra, por lo que ingresó en la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, una institución en la que se nutrió de los saberes de personajes tan destacados del panorama educativo y cultural de la época como Francisco Giner de los Ríos. Entre las condiscípulas de la joven riojana se encontraban mujeres que con el tiempo alcanzarían un papel relevante en sus diferentes campos de trabajo, como es el caso de María Amalia Goyri, colaboradora y esposa del filólogo e historiador Menéndez Pidal. Una vez terminada su etapa como estudiante, decidió presentarse a unas oposiciones gracias a las cuales consiguió plaza como maestra en la Escuela Modelo de Madrid. Durante los diez años que actuó como docente, María se topó de frente

El valle del río Cárdenas, con San Millán de la Cogolla al fondo.





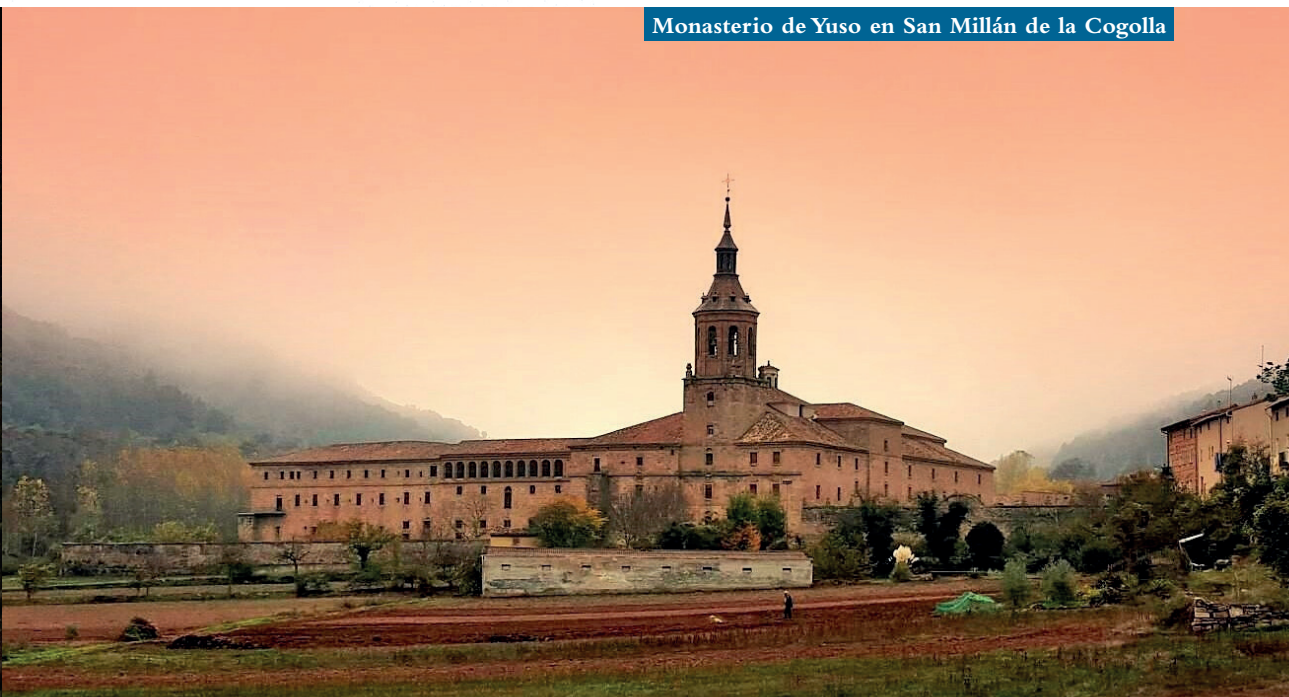
con una realidad que ella, procedente de una familia con una buena posición social y que siempre había tenido todas las comodidades a su alcance, desconocía. A través del contacto con sus alumnos conoció la precariedad y la miseria en la que vivía la clase baja a la que pertenecían los niños a quienes enseñaba. En su ejercicio como docente, se enfrentó a las dificultades que suponía impartir clase a un grupo formado por ciento cincuenta alumnos de diversas edades. Frente al sistema autoritario imperante a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, ella buscaba proporcionar libertad a sus alumnos y promover en ellos la creatividad. En esa época escribe una colección de cuentos infantiles que tuvo una fría acogida en su círculo más cercano, lo que hizo que María se plantease no volver a firmar una obra nunca más.

Siendo una joven maestra de veintitrés años, aparece en su vida una persona que provocará un cambio en su existencia, tanto a nivel personal como profesional: Gregorio Martínez Sierra. Gregorio era el hijo mayor de un matrimonio de sus padres, vinculado a los negocios y la industria, concretamente al sector de

Varias de sus obras han pervivido por ser llevadas al cine o representadas en teatros de todo el mundo

la electricidad. Si bien procedía de una familia de empresarios, al joven Martínez Sierra, de diecisiete años de edad, no le interesaban los negocios sino el mundo de las humanidades, por lo que estudiaba la carrera de Filosofía y Letras. En una fiesta estival, María conversa con ese joven amigo de sus hermanos menores y descubre que les unen más cosas de las que podría parecer en un principio, destacando ante todo un aspecto: el amor por la literatura, más concretamente por el teatro. Gracias a la complicidad surgida en ese momento, María retomó su faceta de escritora, autopublicando sus propias obras e incluso viendo recompensado su talento con el logro de algún premio literario. Contrajeron matrimonio en 1900 en la parroquia de Nuestra Señora de las Maravillas y Santos Justo y Pastor de Madrid. Para poder sufragar los gastos de su vida de pareja en los inicios de su matrimonio, María

Monasterio de Yuso en San Millán de la Cogolla





María Lejárraga en el jardín de su casa en Madrid, hacia 1915-1916.

se ve forzada a trabajar como “negra” escribiendo composiciones para otros. Mientras tanto, Gregorio pone en marcha una editorial en la que se editan creaciones de autores tan icónicos como Galdós, Clarín o Valera. María publicaba sus obras en la editorial de su marido, sin embargo ella no se llevaba el mérito de sus escritos, sino que lo hacía su esposo, pues era él quien firmaba sus obras, usurpando la autoría de las mismas.

Desde 1911 María decide abandonar su carrera profesional como enseñante para centrarse en su otra gran pasión: la escritura. En esa decisión tan radical ejerce una gran influencia la buena acogida que sus comedias tienen entre el público y la crítica, si bien los aplausos y halagos tienen como receptor a su esposo. A partir de ese momento comienza una prolífica carrera en la que experimentó con todos los géneros: relatos, novelas, artículos de prensa, libros de viajes, ensayos, literatura infantil, comedias... Precisamente el teatro es el género en que su talento como literata resultó más productivo, pues llegó a escribir más de cincuenta piezas teatrales. Si por algo destaca su producción teatral es por el importante protagonismo que tienen las mujeres en todas y cada una de sus obras, planteándose además temáticas vinculadas con la figura femenina como la maternidad o las relaciones de pareja.



María Lejárraga y Gregorio Martínez Sierra.

Además, sus piezas teatrales le sirvieron como vehículo para transmitir su defensa de los derechos de las mujeres. Su talento como creadora literaria le permitió colaborar con significativas figuras de las artes del siglo XX, como el músico Manuel de Falla para quien escribió el libreto de su ballet *El amor brujo*. Lo más llamativo es que María no firmó ninguna de las obras que escribió durante el tiempo que duró su matrimonio, incluso mucho después de que se produjera su separación sentimental y física de Martínez Sierra. Sólo firmó las obras que escribió durante su vida en exilio, aunque lo hizo adoptando el apellido de su esposo, firmando como María Martínez Sierra.

El afán que mostró en sus obras por poner en valor el universo femenino llevó a María a interesarse pronto por una corriente que estaba floreciendo en nuestro país en las primeras décadas del siglo XX pero que ya se había consolidado en el continente europeo: el feminismo. Su caballo de batalla era el acceso



D. Leandro y D.^a Natividad, padres de María Lejárraga.

de la mujer a la cultura, fundamentalmente a la educación, sobre todo a los niveles formativos que normalmente eran vetados al sexo femenino, como las universidades. Su deseo de aumentar el nivel cultural de la mujer española de su época le hizo tomar un papel activo y significarse en sociedad, dirigiendo organizaciones como la Unión de Mujeres Españolas o la Asociación Femenina de Educación Cívica, siendo además fundadora de esta última, en la que no sólo se dotaba a las mujeres de clase media de una formación académica sino que también se promovía su participación activa en la sociedad. Pero sus ansias de cambiar el rol que se le asignaba a la mujer hicieron que María decidiera adentrarse en el campo de la política, llegando a ser diputada del Partido Socialista por Granada.

Su posicionamiento ideológico como mujer de izquierdas y su papel en la política de la Segunda República provocaron que María, con la victoria del bando nacional en la Gue-

María Lejárraga murió a punto de cumplir cien años, exiliada en Buenos Aires, prácticamente en el olvido y sin el reconocimiento merecido

rra Civil, se viera obligada a exiliarse. En un primer momento, se traslada a su residencia de Niza, un domicilio que abandona durante la Segunda Guerra Mundial por la entrada en Francia del ejército nazi que requisó la susodicha vivienda. La escritora pasará penurias y estrecheces en el país gallo hasta el momento en que comienza a viajar por diversos países europeos realizando conferencias y puntuales colaboraciones, como Reino Unido o Bélgica. Con el tiempo María retoma su afición por la escritura y comienza a colaborar con periódicos hispanoamericanos. Posteriormente, viaja a Estados Unidos y México para finalmente establecerse en la capital argentina, Buenos Aires. Sus escritos para los medios de prensa y sus traducciones de obras extranjeras los combina con la creación de una obra con tintes autobiográficos, *Gregorio y yo*, un libro donde la escritora se confiesa y hace público un secreto a voces: ella era la autora de las obras que su ya difunto marido firmaba. A falta de seis meses para cumplir el siglo de vida, María Lejárraga falleció prácticamente en el olvido el 28 de junio de 1974.

Sirva este breve artículo como homenaje y reconocimiento a esta gran mujer y escritora riojana, que, lamentablemente, es una gran desconocida para la mayor parte de sus paisanos.